

Cuentos maravillosos

Cuentos tradicionales europeos



La vaca colorada

CUENTOS MARAVILLOSOS

Compilación: Lina Mejía Correa.

Equipo asesor: Elkin Obregón, Beatriz Restrepo G., Juan Guillermo Jaramillo C., María Cristina Restrepo L., Olga Elena Mejía L., Daniel Álvarez B., Vanessa Escobar R., María Isabel Abad L.

Edición: María Isabel Abad L. – Lina Mejía – Fundación Secretos para contar.

Corrección de estilo: Alberto Quiroga Jiménez.

Corrección Gramatical: Uver Valencia Vera.

Diseño gráfico y montaje: Carolina Bernal Camargo.

Ilustraciones: Nelson Andrés Correa L. – Daniel Gómez H.

Agradecimientos a: Adriana Patricia Rendón, Gloria Isabel Morales, Ivar Darío Henao y a las diferentes editoriales que permitieron la adaptación de cuentos que aquí se publican.

Nueva colección infantil y juvenil “La vaca colorada” gracias a los aportes de:

AKT Motos, Alcaldía de Medellín - Secretaría de Educación, Colombiana de Comercio S.A., Comfama, Federación Nacional de Cafeteros – Comité Antioquia, Fundación Argos, Foton, Fundación Bancolombia, Fundación Celsia, Fundación EPM, Fundación Éxito, Fundación Fraternidad Medellín, Fundación Nutresa, Fundación Sofía Pérez de Soto, Fundación Sura, Gobernación de Antioquia – Secretaría de Educación, Industrias Haceb S.A., y a otras entidades, fundaciones y personas que han ayudado de manera silenciosa.

Cuarta edición: 40.000 colecciones, agosto de 2015

Secretos para contar ISBN 978 – 958 – 33 – 8473 – 8

Libro Cuentos maravillosos ISBN 978 – 958 – 57007 – 9 - 6

Impreso en Colombia por Panamericana

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Presidenta Consejo: Lina Mejía Correa.

Asesora pedagógica: Tita Maya.

Directora administrativa: Isabel Cristina Castellanos Arteaga.

Directora instalación: Natalia Olano Velásquez.

Directora de educación: Vanessa Escobar Rodríguez.

Talleristas: Alber Arias Villalobos, Alejandro Gómez Jaramillo, Andrés David Alvarez Castrillón, Carolina Tabares Zapata, Daniel Alvarez Betancur, Daniel Usuga Monsalve, Daniela Tabora Ochoa, Diego Franco González, Iván Darío Carazo García, Jhon Jairo Valderrama, Juan David Londoño Vargas, Juan Luis Vega González, Juan Sebastián Castro Pérez, Mary Belle Salazar Mejía, Mauricio Henao Toro, Melisa Lozano Medrano, Miguel Angel Ramírez Benítez.

Consejo de Administración: David Escobar A., Ignacio Calle C., Juan Guillermo Jaramillo C., Beatriz Restrepo G., Lina Mejía C., Jorge Mario Ángel A., Paula Restrepo D., Manuel Santiago Mejía C., María Cristina Restrepo L.

Invitados permanentes: Tita Maya, Gilberto Restrepo V.

© Todos los derechos reservados

Secretos para contar

fundasecretos@une.net.co

Tel. 57 (4) 266 41 63

Medellín - Colombia

www.secretosparacontar.org

**MATERIAL EDUCATIVO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA,
NO TIENE VALOR COMERCIAL.**



*Para todos aquellos que se dejan encantar por los cuentos,
un mundo en el que grandes y chicos pueden entrar.*



índice



- 9** Los siete chivitos
Jacob y Wilhelm Grimm



- 17** La reina de las abejas
Jacob y Wilhelm Grimm



- 23** La inteligente hija del campesino
Jacob y Wilhelm Grimm



- 31** Los tres pelos de oro del diablo
Jacob y Wilhelm Grimm



- 43** Los músicos de Bremen
Jacob y Wilhelm Grimm



- 51** Las hadas
Charles Perrault



- 57** El patito feo
Hans Christian Andersen



- 63** Los tres hermanos
Jacob y Wilhelm Grimm

Había una vez...



Había una vez un patito feo que descubrió que era un cisne muy hermoso; había una vez un campesino que tenía una hija muy inteligente que se casó con un rey; había una vez un hombre que tenía tres hijos y no sabía a cuál de los tres dejar su casa por herencia; había una vez un muchacho muy valiente que fue hasta los infiernos para arrancarle tres pelos al diablo; había una vez un burro que quería ser músico...

Los cuentos de hadas cuentan hermosas y terribles historias que sucedieron en tiempos remotos, muy antiguos, cuando los animales hablaban y los reyes vivían en reinos encantados, y los bosques estaban poblados de lobos feroces y de monstruos fabulosos. Y sin embargo, cuando los leemos, sentimos que nos hablan de algo que todavía está profundamente vivo, y que esas historias están sucediendo ahora mismo. ¿En dónde? En nosotros mismos, en nuestra imaginación, en nuestra memoria.

Todas esas historias nos hablan del mundo que nos rodea, y todas ocurren en sitios que de una u otra manera son familiares para los hombres de todos los tiempos. Pero, ante todo, nos hablan de lo que nos sucede a nosotros mismos, porque los héroes y personajes de estos cuentos siempre tienen que pasar, como nosotros, una serie de pruebas para poder sobrevivir o para poder realizar sus sueños. Y entonces, cada lector debe enfrentarse, como la princesa o el esgrimista, con sus propias noches oscuras, con el terror que paraliza, con el peligro que acecha por doquier, y también encontrar a sus propios ángeles protectores, descubrir sus habilidades y alcanzar, al fin y al cabo, sus propias victorias.

Hay, además, algo que sorprende en estos cuentos, y es descubrir en ellos que los seres humanos estamos hechos de la misma materia y del mismo barro; en ellos distinguimos la maldad de la bondad, la generosidad de la avaricia,



el miedo de la valentía, la inteligencia de la estupidez, y sabemos que un hombre que quiere hacer el bien, lo mismo lo hace montado en un caballo que en una motocicleta, en un castillo encantado que en una modesta casita de campo.

Los cuentos clásicos son universales. Han sobrevivido a los viajes del viento y se han mantenido en las voces de todas las generaciones. Por eso, quien lee uno de estos cuentos maravillosos cruza la puerta que conduce a la memoria de todos, y es en verdad asombroso que las aventuras que nos narran aparezcan idénticas en los cuentos de distintos países como si ellas estuvieran vivas en la raíz que alimenta a todos los hombres.

Los cuentos clásicos hablan en un idioma que es transparente y claro para todos, y crean puentes que unen a todas las culturas. Y si un niño colombiano se encuentra con un niño japonés, ambos se entenderían de inmediato hablando

de héroes y aventuras, de encantamientos y poderes sobrenaturales, de bosques embrujados y animales peligrosos, de la eterna caperucita roja y del siempre temido lobo feroz.

Hoy podemos recorrer el camino que conduce al reino de los cuentos maravillosos gracias a autores como Charles Perrault, los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen, que, hace varios siglos, hicieron un trabajo de recopilación de leyendas y cuentos populares, y también crearon sus propios cuentos y universos.

En honor a esta herencia universal, este libro recoge ocho cuentos de estos tres autores. Es apenas una pequeña muestra que tiene el propósito de ser una puerta de entrada al inmenso reino del Había una vez, donde todos nos encontramos.





Los siete chivitos

Jacob y Wilhelm Grimm

Este es el cuento de siete chivitos blancos que vivían con su mamá en una linda casa en el bosque. Pero en el bosque vivía también un lobo malvado.

Un día, la mamá tuvo que ir al mercado. Llamó a sus siete chivitos y les dijo:

—Cierren bien la puerta y no le abran a nadie, porque el lobo malvado puede venir.

—¿Y cómo sabremos que el lobo malvado es el que toca a la puerta? —preguntaron los chivitos.

—Porque el lobo tiene la voz ronca y las patas negras —contestó la mamá y se despidió.

Al quedarse solos, los siete chivitos cerraron la puerta con candado.

El lobo, que estaba escondido detrás de unas matas, vio pasar a la mamá y pensó:

“Ahora me comeré a los siete chivitos que están solos, tiernos y gorditos”.

En tres saltos llegó a la puerta de la casa y tocó: ¡toc, toc, toc!

—¿Quién es?

—Abran, mis chivitos. Soy su mamá y les traigo dulces del mercado —dijo el lobo.

Pero los chivitos le contestaron:

—No, tú no eres nuestra mamá. Ella tiene la voz dulce y tú la tienes ronca.

Entonces el lobo se fue a su casa y se tomó seis cucharadas de miel para aclararse la voz. Regresó a casa de los chivitos y tocó: ¡toc, toc!

—¿Quién es?

—Abran, mis chivitos. Soy su mamá y les traigo dulces del mercado —dijo el lobo con voz dulce.

Los chivitos iban a abrirle la puerta, cuando vieron sus patas por la rendija.

—No, tú no eres nuestra mamá. Ella tiene las patas blancas y tú las tienes negras.

El lobo se puso furioso. Entonces fue a casa del panadero, y allí, sin que nadie lo viera, metió sus patas en un barril de harina hasta que le quedaron blancas. El lobo regresó corriendo a casa de los chivitos.

Y tocó: ¡toc, toc, toc!

—¿Quién es?

—Abran, mis chivitos. Soy su mamá y les traigo dulces del mercado —dijo el lobo.

—Queremos ver tus patas primero —contestaron los chivitos.

Y el lobo asomó por la rendija sus patas enharinadas. Los chivitos, entonces, abrieron la puerta. El lobo entró a la casa y todos corrieron a esconderse.





El primer chivito se metió en la canasta de la ropa sucia. El segundo chivito, debajo de la cama. El tercer chivito, en una gaveta. El cuarto chivito, debajo de la mesa. El quinto chivito, en el escaparate. El sexto chivito, detrás del sofá, y el más chiquito se metió dentro del reloj.

Pero el lobo malvado los fue encontrando uno por uno, y uno por uno se los fue comiendo, menos al más chiquito, porque no se le ocurrió buscar dentro del reloj.

El lobo se fue con la barrigota llena y se acostó a dormir la siesta debajo de un árbol en medio del bosque.

Cuando la chiva regresó del mercado, encontró la puerta abierta y la casa patas arriba.

—¡Ay, mis hijos! ¡Ay, mis chivitos! ¡El lobo malvado se los ha comido a todos!

—¡A mí no! ¡A mí no! —gritó el más chiquito desde el reloj.

La mamá chiva lo ayudó a salir y el chivito le contó lo que había pasado. A la chiva se le ocurrió entonces una idea: buscó las tijeras, el carrete de hilo, la aguja y el dedal. Tomó a su chivito más pequeño de la mano y se fue con él al bosque a buscar al lobo.

Caminaron y caminaron hasta que escucharon unos ronquidos, y ahí, durmiendo debajo de un árbol, vieron al lobo.

La chiva se acercó calladita, y, de un tijeretazo, le abrió la barriga. Afuera saltaron los chivitos, uno por uno. El lobo estaba durmiendo tan profundamente que no se daba cuenta de nada. Los chivitos brincaban felices, pero la chiva les dijo:

—Shhhhh... no vayan a despertar al lobo, que aún no hemos terminado. Busquen seis piedras bien grandes para metérselas en la barriga.

Los chivitos trajeron las piedras y se las metieron hasta dejarlo panzón.



Luego, la chiva enhebró la aguja y, con mucho cuidado, le cosió la barriga.

La chiva y sus chivitos regresaron a casa, trancaron la puerta y se comieron los dulces que su mamá les había traído del mercado.

Y el lobo, mientras tanto, despertó con dolor de barriga. Quiso ir a tomar agua al río y se paró trastabillando porque la barriga le pesaba muchísimo.

—¡Ay! Estos chivitos no estaban tan tiernos, me duele la panza —se quejó el lobo.

Y cuando se inclinó a beber a la orilla del río, el peso de las piedras lo hizo caer al agua y la corriente se lo llevó.

La chiva y los chivitos nunca volvieron a ver al lobo por esas vecindades.







La reina de las abejas

Jacob y Wilhelm Grimm

Un rey tenía tres hijos. Un día, dos de ellos salieron en busca de aventuras. Llevaban una vida turbulenta y desordenada que los mantenía alejados de su casa. El hijo menor, que se llamaba Juan Bobo, decidió un día ir en busca de sus hermanos. Cuando por fin los encontró, ellos se burlaron de él diciendo:

—¿Cómo pretendes, siendo tan bobo, triunfar en el mundo, cuando nosotros, que somos mucho más inteligentes, no lo hemos logrado?

Juan Bobo no quiso discutir, y los tres emprendieron camino hasta que llegaron a un hormiguero. Los dos mayores querían escarlo y ver cómo se arrastraban las pequeñas hormigas llenas de miedo, pero Juan Bobo les dijo:

—Dejen a los animales en paz. No me gusta que los molesten.

Siguieron andando, y llegaron a un lago en el que nadaban muchos, muchos patos. Los dos hermanos quisieron cazar algunos para asarlos, pero Juan Bobo no lo permitió y les dijo:

—Dejen a los animales en paz. No me gusta que los maten.

Finalmente, llegaron a un árbol en el que había una colmena que tenía tanta miel que se derramaba por el tronco. Los dos hermanos mayores quisieron prender fuego bajo el árbol y asfixiar a las abejas para poder coger la miel, pero Juan Bobo los detuvo de nuevo y les dijo:

—Dejen a los animales en paz. No está bien asfixiarlos.

Un día, llegaron los tres hermanos a un palacio en cuyos establos había caballos de piedra y en donde no se veía a ningún ser viviente. Recorrieron todos los salones hasta que, al final, se encontraron ante una puerta en la que había tres cerraduras. En medio de la puerta había una ventanita por la que se podía mirar hacia el interior de la habitación. Se asomaron y vieron a un hombrecito gris sentado ante una mesa. Lo llamaron una y otra vez, pero el hombrecito no oía, hasta que finalmente se levantó, abrió las cerraduras y salió, y sin pronunciar palabra alguna, los llevó a una mesa repleta de manjares. Cuando los tres hermanos terminaron de comer y beber, el hombrecito llevó a cada uno a su dormitorio.

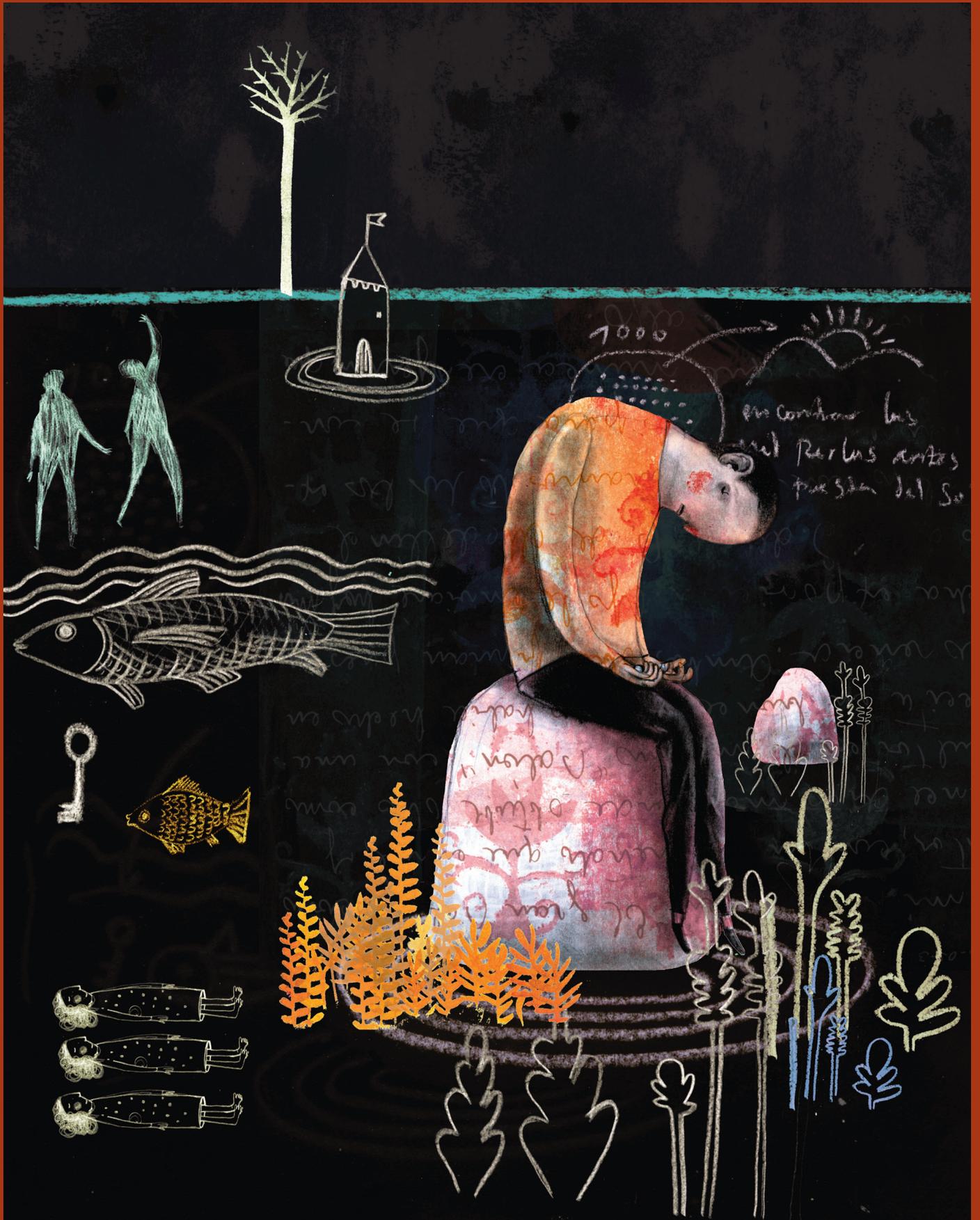
A la mañana siguiente, el hombrecito fue a la habitación del mayor, le hizo señas para que lo siguiera y lo condujo ante una pared en la que estaban escritas las tres pruebas que debía superar para desencantar el castillo.

La primera consistía en lo siguiente: en el bosque se encontraban las mil perlas de la hija del rey. Había que buscarlas, y si antes de la puesta de sol faltaba una sola, el que las buscaba se convertiría en piedra.

El mayor se dirigió allí y buscó durante todo el día, pero cuando cayó la tarde no había encontrado más que cien, y pasó lo que estaba escrito en la pared: se convirtió en piedra.

Al día siguiente, el hombrecito invitó al segundo hermano a hacer la prueba, y no le fue mejor que al mayor. No encontró más que doscientas perlas y se convirtió en piedra.

Finalmente, le tocó el turno a Juan Bobo, y fue a buscar las perlas al bosque. Pero era tan difícil encontrarlas y tomaba tanto tiempo, que se sentó





en una piedra y se puso a llorar. Mientras estaba allí sentado, llegó la reina de las hormigas a las que había salvado la vida, acompañada de un ejército de cinco mil hormigas.

Poco tiempo después, las hormiguitas habían reunido todas las perlas en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar del gran lago la llave de la habitación de la princesa. Cuando Juan Bobo llegó al lago aparecieron nadando los patos que él había salvado, se sumergieron y sacaron la llave del fondo.

La tercera prueba era la más difícil. Entre las tres hijas del rey, que estaban dormidas, había que elegir a la más joven y más alegre, pero eran tan parecidas como tres gotas de agua. La única diferencia que tenían era que cada una había comido un dulce diferente antes de ir a la cama. La mayor, una cucharada de arequipe; la segunda, un chocolate; y la tercera, una cucharada de miel.

Entonces vino en su ayuda la reina de las abejas, a la que Juan Bobo había protegido del fuego, probó los labios de las tres princesas y se posó en la boca de la que había comido miel: así reconoció el hijo del rey a la más joven y más alegre.

Al instante el hechizo desapareció, y las tres princesas se despertaron y todos los que se habían convertido en piedra volvieron a la vida.

Juan Bobo se casó con la más joven y alegre, y sus dos hermanos se casaron con las hermanas de la princesa.

Luego de la muerte de su padre fue coronado rey, y hoy pocos se acuerdan de que en un tiempo lo llamaban Juan Bobo.







La inteligente hija del campesino

Jacob y Wilhelm Grimm

Este es el cuento de un campesino que no tenía tierra para trabajar. Solo tenía una casita y una hija. Un día, el padre le dijo a la muchacha:

—Deberíamos pedirle a nuestro amo, el rey, que nos dé un pedazo de tierra para trabajar.

Llegaron hasta el palacio y le contaron al rey de su pobreza y de su deseo de trabajar la tierra. Él, atendiendo su pedido, les regaló un pequeño terreno en medio del valle, donde padre e hija sembraron trigo y algunos frutales. Cuando ya tenían cultivado casi todo el campo, encontraron en la tierra un pilón de oro puro.

—Oye —le dijo el padre a la muchacha—, como nuestro amo, el rey, ha sido tan generoso y nos ha regalado este campo, podríamos darle el pilón en agradecimiento.

La muchacha no estuvo de acuerdo y le dijo:

—Padre, mejor busquemos el mazo del pilón. Así le entregamos ambas cosas.

Pero él no hizo caso, cogió el pilón y se lo llevó al rey, diciéndole que se lo daba en señal de agradecimiento y respeto. El rey cogió el pilón y preguntó:

—¿Y el mazo? ¿De qué me sirve un pilón sin el mazo?

—Mi amo, solo he encontrado el pilón.

El rey no creyó lo que el campesino le dijo y ordenó que lo llevaran a la cárcel, en donde debería permanecer todo el tiempo que fuera necesario hasta que su hija llevara el mazo de oro.

El campesino repetía, quejándose de su suerte:

—¡Ay, ay! Si hubiera escuchado los consejos de mi hija. Ay, si hubiera atendido sus razones no estaría yo aquí, preso a pan y agua.

Los guardias, que lo oían quejarse y gritar, se lo contaron a los sirvientes, los sirvientes se lo contaron al cocinero, el cocinero al paje y el paje se lo contó al rey.

El rey mandó a traer al campesino a su presencia.

—¿Por qué te lamentas de esa forma? ¿Por qué debías haber escuchado los consejos de tu hija?

—Porque ella me advirtió que no debía traerle el pilón de oro hasta que no encontráramos el mazo del pilón, y así le traeríamos ambas cosas.

—Veo que tienes una hija muy inteligente —dijo el rey, y mandó a sus sirvientes a que la trajeran al palacio. Así pues, la hija se presentó ante el rey, que al verla tan alegre y despierta, le propuso resolver un acertijo para comprobar si era tan inteligente como parecía. Si lo resolvía, se casaría con ella. Ella aceptó el reto. Entonces el rey le dijo:

—Ven a verme, ni vestida ni desnuda, ni a caballo ni en coche, ni por el camino ni fuera del camino, y si sabes hacer todo esto, me casaré contigo.





Ella se marchó y se desnudó totalmente: así no estaba vestida. Cogió una gran red de pescar y se envolvió en ella: así no estaba desnuda. Luego alquiló un asno y le ató la cola a la red, de modo que tuviera que arrastrarla: así ella no iba ni a caballo ni en coche. Finalmente, el asno la llevaba por el camino, pero ella solo pisaba el suelo con un pie, mientras que con el otro pisaba la zanja de la orilla: así no estaba ni en el camino ni fuera del camino.

Así, se presentó ante el rey, que quedó muy complacido porque ella había resuelto el acertijo. El rey ordenó entonces sacar al padre de la cárcel, la tomó a ella por esposa y le pidió que administrara todos los bienes reales.

Pasaron unos años hasta que un día dos campesinos, después de un ajetreteado día de mercado, se detuvieron con sus carretas a descansar frente al palacio.

Uno de los campesinos traía dos caballos para tirar de su carreta y, además, una yegua con un potrico. El otro solo traía bueyes para tirar de su carreta. En un descuido, el potrico fue a parar junto a los bueyes. Los campesinos comenzaron a pelearse por el potrico: el dueño de los bueyes quería quedarse con él, alegando que lo habían parido los bueyes. El otro decía que no, que lo había parido su yegua y que era suyo.

La pelea llegó a oídos del rey, y este, luego de analizar los hechos, sentenció que el potrico debía quedarse donde estaba. Así, el campesino de los bueyes se quedó con él, aunque no le pertenecía.

El otro, aburrido, se marchó pensando en qué debía hacer para recuperar su potrero, y pronto se le ocurrió presentarse ante la mujer del rey, de quien había oído decir que era sabia y justa. Entonces se acercó al palacio y pidió audiencia con la reina.

—Si me prometes no descubrirme ante el rey —dijo ella—, te diré lo que tienes que hacer. Mañana por la mañana, en el desfile, hazte en medio de un lugar seco por el que pase el rey. Coge una gran red de pescar y haz como si pescaras, y saca los peces de las redes, como si las tuvieras llenas.

También le dijo lo que tenía que responder si el rey le preguntaba algo.

A la mañana siguiente, estaba el campesino pescando en un lugar seco cuando el rey pasó por allí, lo vio y envió a su mensajero a preguntarle qué hacía.

—Buen hombre, mi amo, el rey, manda a preguntar si no es una locura pescar en seco.

Este le contestó:

—Pues dígame a su amo, el rey, que así como dos bueyes pueden parir un potro, así también yo puedo pescar en seco.

El emisario llevó la respuesta al rey y este creyó reconocer esa manera de razonar.

—¿Quién te ha dado todas esas ideas? —le preguntó el rey.

—Nadie, ha sido idea mía —respondió el hombre.

Pero tanto le insistió el rey, que el hombre acabó por confesar que se lo había dicho la reina.

Cuando el rey llegó al palacio, le dijo a su mujer:

—¿Por qué has querido engañarme? No te quiero más por esposa. Vuelve al lugar de donde viniste.

Sin embargo, como despedida, el rey le concedió un deseo.

—Puedes llevarte de este palacio lo que sea más querido y mejor para ti.

—Sí, querido esposo —dijo ella—, pero déjame, antes, hacer un brindis de despedida.

La reina mandó a uno de sus sirvientes a que le trajera un fuerte bebedizo para brindar. El rey se echó un buen trago y ella bebió solo un poco.

Cuando el rey se sumió en un sueño profundo, ella llamó al sirviente, que cogió una hermosa tela de lino blanco para envolverlo.

El sirviente lo llevó hasta la puerta y ella se lo llevó en un carruaje hasta su casa, y lo acostó en su cama, donde durmió día y noche. Cuando el rey se despertó, miró a su alrededor y dijo:

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy? ¿A dónde me han traído?

El rey llamó a sus sirvientes, pero no había nadie. Su mujer se acercó a la cama y le dijo:

—Querido señor, me has autorizado a traerme lo más querido y mejor del palacio, y como no tengo nada más querido ni mejor que tú, te he traído conmigo.

Al rey se le llenaron los ojos de lágrimas, y al mismo tiempo se reía.

—Querida, volveremos a vivir juntos. Definitivamente nadie puede con la inteligente esposa del rey.

Y hoy siguen felices, viviendo en el palacio, gobernando con inteligencia y sabiduría.







Los tres pelos de oro del diablo

Jacob y Wilhelm Grimm

Había una vez un reino en donde vivía un joven muy valiente y apuesto. Tan valiente era que un día solicitó una audiencia con el rey y, al verse frente a él, le pidió de buenas a primeras la mano de su hija, de la que estaba profundamente enamorado.

El rey, cuya avaricia era bien conocida, pensando que el joven le hacía un pedido imposible, le contestó:

—Solo concederé la mano de mi hija a aquel que vaya al infierno y me traiga tres pelos de oro de la cabeza del diablo.

—Se los traeré, majestad —dijo el joven valiente, y partió de inmediato a cumplir el encargo.

Anduvo muchos días hasta que llegó a una gran ciudad, y el guardia que estaba en la puerta le preguntó qué oficio tenía.

—Sé muchas cosas —contestó.

—Entonces podrás hacernos un favor diciéndonos por qué la fuente de nuestra plaza, que antes nos daba vino, ahora ni siquiera nos da agua. Como recompensa te daremos dos burros cargados de oro.

—Con mucho gusto —aceptó—, pero será a mi regreso.

Siguió su camino y llegó a otra ciudad, cuyo guardia también le preguntó:

—¿Qué oficio tienes y qué sabes hacer?

—Sé hacer muchas cosas —contestó.

—Entonces nos podrás hacer un favor diciéndonos por qué el árbol que antes daba manzanas de oro ahora ni siquiera tiene hojas. Te recompensaremos por ello.

—Con mucho gusto —aceptó—, pero será a mi regreso.

Siguió su camino y llegó a un río que tenía que cruzar. El balsero le preguntó:

—¿Qué oficio tienes y qué sabes hacer?

—Sé hacer muchas cosas —contestó.

—Entonces me podrás hacer un favor diciéndome por qué debo seguir navegando eternamente sin que nadie me releve. Recompensaré tu ayuda.

—Con mucho gusto —aceptó—, pero será a mi regreso.

Luego de cruzar el río llegó al infierno, que se veía negro y lleno de carbón. Sin embargo, el diablo no estaba en casa, pero estaba su abuela, sentada en un ancho sillón.

—¿Qué deseas? —le preguntó.

—Tres pelos de oro de la cabeza del diablo —le contestó el joven—. Sin ellos no podré casarme con la princesa de la que estoy muy enamorado.

Entonces la anciana lo transformó en una hormiga y le dijo:

—Métete en el bolsillo de mi falda. Allí estarás a salvo.





—Bueno —dijo él—. Pero también quiero saber por qué la fuente de la que antes salía vino ahora ni siquiera da agua, por qué el árbol que antes daba manzanas de oro ahora ni siquiera tiene hojas y por qué el balsero siempre debe ir y volver de una orilla a otra del río sin que nadie lo releve.

—Son tres preguntas muy difíciles —dijo la anciana—, pero si te quedas quieto escucharás las respuestas del diablo cuando le saque los tres pelos de oro.

No faltaba mucho para la noche cuando el diablo regresó a su casa. Olfateó por todas partes y dijo:

—¡Siento... siento olor a carne humana!

Y aunque buscó y revisó, no encontró nada.

La abuela lo frenó diciendo:

—No me desordenes toda la casa, que hasta hace un rato estuve barriendo. ¡Siéntate y toma tu merienda!

Después de comer y de beber, el diablo apoyó su cabeza en la falda de la abuela, le dijo que estaba cansado y le pidió que le quitara los piojos de la cabeza.

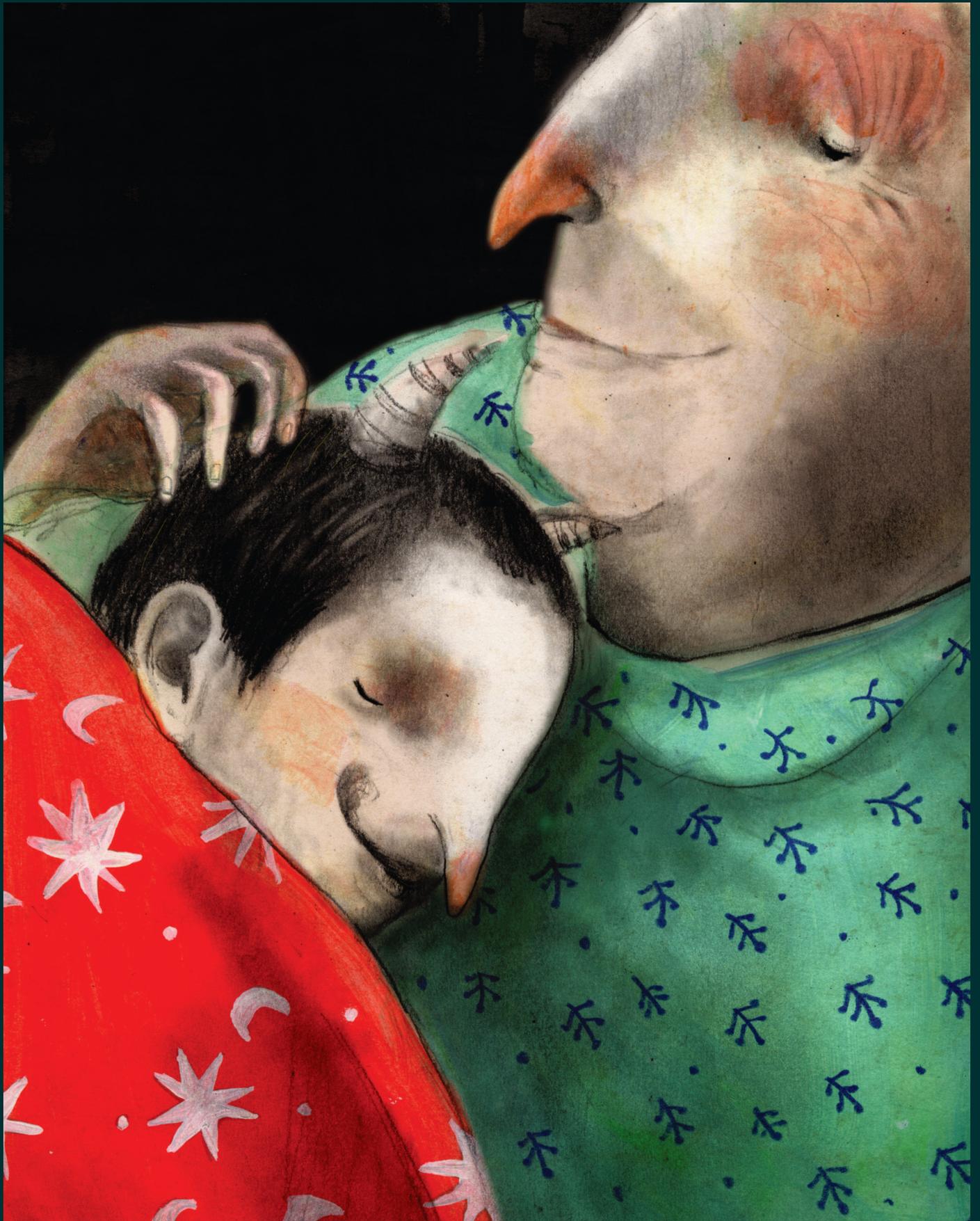
Al rato se quedó dormido, respirando fuerte y roncando. Entonces la abuela tomó uno de los pelos de oro, lo arrancó y lo puso a un lado.

—¡Ay! —gritó el diablo—. ¿Qué pasa?

—Tuve una pesadilla —dijo la abuela—. Por eso te tiré del pelo.

—¿Qué estabas soñando?

—Soñé que la fuente de una plaza que antes daba vino y agua pura en abundancia se había agotado. ¿Qué podrá ser?



—Ja, si supieran —contestó el diablo—. En la fuente hay una rana debajo de una piedra. Tienen que sacarla de ahí, y entonces volverá a funcionar.

La abuela siguió despiojando al diablo hasta que este volvió a dormirse y a roncar tan fuerte que temblaban los vidrios de la ventana. Entonces le arrancó un segundo pelo.

—¡Uy! —gritó el diablo—. ¿Qué haces?

—No te enojas —dijo la abuela—. Lo hice porque estaba soñando.

—¿Qué soñabas?

—Soñé que en un reino había un árbol que antes daba manzanas de oro y ahora ni siquiera tiene hojas. ¿Qué podrá ser?

—Ja, si supieran —contestó el diablo—. Un ratón se está comiendo su raíz. Tienen que sacarlo de ahí, y volverá a dar manzanas de oro. Si el ratón se sigue comiendo la raíz, el árbol se secará. Pero déjame en paz —le advirtió el diablo—. Si me despiertas una vez más, te voy a castigar.

La abuela siguió quitándole los piojos hasta que se volvió a dormir. Entonces agarró el tercer pelo de oro y lo arrancó. El diablo saltó furioso, pero la anciana lo tranquilizó y le dijo:

—¡Son pesadillas terribles!

—¿Qué era lo que estabas soñando?

—Soñé con un balsero que iba y volvía, y nunca nadie lo venía a relevar. ¿Qué podrá ser?

—¡Qué tonto! —contestó el diablo. Y le contó a la vieja el truco para que el balsero se liberara—. Cuando venga alguno que quiera cruzar el río le tiene que poner el remo en la mano, y entonces quedará libre. Ahora —dijo furioso— me quiero volver a dormir.

Entonces ella lo dejó dormir, y al día siguiente, cuando el diablo se fue, la abuela sacó la hormiga de su bolsillo y la volvió a transformar en el joven. Luego le dio los tres pelos de oro y le preguntó:

—¿Escuchaste y entendiste todo lo que dijo el diablo?

—Sí —contestó el muchacho—. Y lo voy a recordar bien.

El joven valiente dio las gracias a la abuela del diablo y abandonó el infierno. Cuando llegó al río, el balsero le pidió la respuesta.

—Primero crúzame a la otra orilla y luego te diré lo que tienes que hacer —le dijo.

Luego de bajar de la balsa, le contó el consejo del diablo:

—Cuando venga alguno que quiera cruzar, dale el remo en la mano, sal corriendo y quedarás libre.

Después, siguió su camino, llegó a la ciudad del árbol sin frutos y el guardia le pidió la respuesta. El joven le dijo lo que le había escuchado decir al diablo:

—Un ratón se está comiendo la raíz. Deben sacarlo y el árbol volverá a dar manzanas de oro.

El guardia le agradeció y le entregó dos burros cargados de oro.

Finalmente, llegó a la ciudad cuya fuente se había quedado sin agua y sin vino, y le contó al guardia lo mismo que había dicho el diablo:

—Hay una rana debajo de la piedra de la fuente. Búsquenla, sáquenla y llévenla a otro lugar. Entonces, volverá a salir agua y vino en abundancia.

El guardia le agradeció y le dio otros dos burros cargados de oro.

Al fin, el joven valiente llegó al palacio y pidió hablar con el rey, a quien entregó los tres pelos de oro del diablo. Cuando el avaro rey vio que traía cuatro burros cargados de oro se llenó de asombro y preguntó:





—Querido joven: ¿de dónde sacaste todo ese oro?

—He pasado un río —dijo el joven valiente— y lo he recogido en la otra orilla, donde hay oro en lugar de arena.

—¿Podré yo también encontrar oro? —preguntó el rey, sin poder disimular su codicia.

—Sí, todo el que quiera —le contestó el joven—. Hay un barquero en el río, pídale que lo cruce y así podrá llenar de oro los sacos en la otra orilla.

Enseguida, el rey se puso en camino, y cuando llegó al río le hizo señas al balseiro. Este lo subió a la balsa, pero cuando el rey quiso bajarse, al llegar a la otra orilla, el balseiro le entregó el remo y saltó a tierra.

Entonces el viejo rey debió pagar su avaricia navegando sin reposo.

¿Remará todavía?

Es muy probable, pues es difícil que conozca el secreto que solo saben el joven, el diablo y su abuela.







Los músicos de Bremen

Jacob y Wilhelm Grimm

Un burro se había vuelto muy viejo y ahora se cansaba mucho cargando y llevando en su lomo la comida de las otras bestias. Un día, oyó decir a su amo, con el que había trabajado toda su vida:

—Este animal ya no me sirve para nada, ¡lo voy a sacrificar! Puede que consiga algún dinero al vender su carne, y con eso compraré un burro más joven.

Muy triste e indignado, el burro se lamentó:

—¡Qué desagradecido! Después de tantos esfuerzos, en lugar de darme el descanso que merezco, quiere matarme.

Y se puso a pensar:

—Nunca quise trabajar aquí, mi verdadera vocación es la música. Cuando todos estén dormidos, huiré a la ciudad de Bremen y me convertiré en un gran músico.

Y así lo hizo.

Llegó a un sitio donde oyó el ladrido de un perro viejo. Era un hermoso perro de caza echado a un lado del camino.

—¿Qué ocurre, perro? —le preguntó el burro—. ¿Necesitas ayuda?

—*Gauu* —saludó el perro—. Resulta que soy muy viejo y ya no corro tanto como en mi juventud. Mi amo ya no me lleva a cazar y me aburro sin hacer nada. Por eso decidí huir, pero ahora no sé cómo ganarme la vida.

—¡Ya somos dos! —dijo el burro—. A mí me pasa algo parecido. Pero ya sé lo que haré: seré un músico de Bremen. Ven conmigo, yo tocaré la trompeta y tú el tambor, ¿te parece buena idea?

El perro se sintió feliz de acompañarlo.

Así, llegaron los dos a un sitio en el que oyeron que alguien maullaba. Era una gata con la cara larga y triste.

—¿Qué te ocurre gatica? —preguntaron—. ¿Por qué te quejas?

—*Miau* —contestó la gata—. Me quejo porque soy muy vieja y ya no puedo perseguir a los ratones como antes, y prefiero quedarme calientica junto a la chimenea. Y ahora mi dueña quiere deshacerse de mí. Así que esta noche decidí huir, pero no sé cómo ganarme la vida.

—¡Ya somos tres! —le dijeron—. Nos pasa algo parecido y hemos decidido ser músicos de Bremen. Allí podrás cantar serenatas nocturnas, ¿te parece buena idea?

A la gata le gustó la propuesta.

Así, llegó el trío a una finca donde cantaba un gallo encaramado en el tejado. Pero más que cantar, se desgañitaba.

—¿Qué te ocurre, gallo? —le preguntaron—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—*Qui quiri quí*. Me encargo de predecir el buen tiempo —contestó el gallo—, pero ya el futuro es triste para mí. Esta mañana, mi dueña dijo que me iba a torcer el pescuezo para hacer un sancocho el próximo domingo.



—¡Ya somos cuatro! —dijeron en coro los otros animales—. Seremos el cuarteto de Bremen. Ven con nosotros y podrás cantar todas las mañanas, ¿te parece buena idea?

El gallo aceptó complacido.

Así, siguieron andando hasta que, cansados, se detuvieron en un bosque.

El burro se apoyó en el grueso tronco de un cedro para dormir, el perro se echó, la gata se ovilló en una de las ramas bajas y el gallo voló hasta la copa del árbol.

A punto estaba el gallo de dormirse cuando, a lo lejos, vio una luz y les dijo a sus compañeros de viaje:

—Muy cerca de aquí veo una casa. Tal vez allí podamos encontrar algo de comida.

—Mmm —dijo el burro—. ¿Será que tienen un establo cómodo y habrá hierba para los animales?

—Y unos huesos y algo de carne —añadió el perro—. ¡Qué delicia!

—O un poco de leche —se relamió la gata.

Y decidieron seguir andando hasta acercarse a la casa. Vieron que habían llegado en un buen momento, pues los ladrones que vivían allí estaban a punto de empezar un banquete.

Entonces el burro se apoyó sobre la ventana, el perro se le encaramó, la gata se trepó sobre el perro y el gallo voló a la cabeza de la gata. En ese momento, el burro hizo sonar su casco sobre el suelo y dio la señal para iniciar su primer concierto:

El burro rebuznó, el perro ladró, la gata maulló y el gallo cantó.

Al oír aquel concierto, los ladrones salieron despavoridos.



—¡Nos están espantando! —gritaron, y fueron a esconderse en el bosque.

Al ver que la casa había quedado solo para ellos, los músicos se acercaron a la mesa y comieron y comieron. Tanto se llenaron que los cogió el sueño. El burro durmió sobre paja. El perro, sobre un tapete. La gata, junto a la chimenea, y el gallo, sobre una viga del techo.

A medianoche, los ladrones vieron desde su escondite que la casa estaba tranquila y a oscuras, y uno de ellos salió a comprobar si el peligro había pasado.

El ladrón se acercó sigilosamente y, sintiendo que todo estaba en calma, entró en la casa y vio en la oscuridad los brillantes ojos de la gata, que confundió con dos grandes brasas encendidas.

Pensando que había fuego, acercó las manos para calentarlas, pero la gata se le tiró encima y le arañó la cara con sus garras. Asustado, el ladrón salió corriendo, pero en la puerta se tropezó con el perro, que le mordió un pie. Entonces quiso refugiarse en el establo, y el burro le pegó una patada. Y con todo aquel escándalo, se despertó el gallo y cantó:

¡Qui quiri quí!

El ladrón corrió al escondite donde estaban los otros ladrones y les dijo:

—La casa es de una espantosa bruja que me atacó con sus afiladas garras. Su nieto me clavó una navaja en el pie. Y en el establo vive un ser de tres cabezas que me golpeó con sus cuernos. Todo esto sucedió mientras chillaba un ave de mal agüero.

Los ladrones jamás volvieron a acercarse a su casa.

Después de esta aventura, los animales continuaron su camino hasta llegar a la ciudad de Bremen.

Allí sigue tocando este cuarteto tan especial, al cual todos conocen por su nombre artístico: Los músicos de Bremen.







Las hadas

Charles Perrault

Había una viuda que vivía con su hija y con una sobrina, a la que había tenido que adoptar, de no muy buena gana, después de que la niña quedara huérfana.

La viuda quería mucho a su hija, que tenía tan mal carácter y malas manías como ella, y quería bastante menos a su sobrina, que había heredado la bondad y belleza de su difunta madre.

Es por eso que la viuda destinaba a su sobrina las tareas domésticas más difíciles y más ingratas. Entre ellas, la pobre niña tenía la misión de ir dos veces al día a la fuente, que quedaba muy lejos de la casa, y cargar de regreso una enorme jarra llena de agua.

Un día en que la niña regresaba a su casa con la jarra llena, se le acercó una pobre mujer rogándole que le diera agua.

—Con mucho gusto, mi buena señora —dijo la niña.

Y de inmediato bajó la jarra de su hombro, se la ofreció y la sostuvo para que la mujer bebiera cómodamente. Después de beber, la mujer le dijo:

—Eres tan bella, tan buena y tan amable que no puedo dejar de hacerte un regalo. Te daré un don —pues era un hada que había tomado la forma de una modesta mujer para ver hasta dónde llegaba la generosidad y amabilidad de la muchacha—. Desde este momento, llevarás una estrella que te hará resplandecer.

Cuando la hermosa joven llegó a casa, su tía la regañó por regresar tarde y, además, con la jarra medio vacía.

—Perdón, madrina, por haberme demorado —dijo la muchacha.

—Además —le dijo la viuda—, has traído la jarra medio vacía—. Pero apenas iba a arrebatarle la jarra de las manos, alcanzó a ver que en la frente de su sobrina brillaba una hermosa estrella.

—¿Qué estoy viendo? ¡Llevas una estrella en la frente! ¿Cómo ha pasado esto, querida sobrina?

Era la primera vez que le decía querida sobrina.

La niña le contó, ingenuamente, todo lo que le había pasado, y mientras más hablaba, más resplandeciente se veía.

—Tengo que mandar a mi hija —dijo la viuda—. Mira, hija, la estrella que lleva tu prima en la frente. ¿No te gustaría tener un lucero semejante? Solo tienes que ir a la fuente, y en el camino, cuando una pobre mujer te pida agua de beber, debes darle un poco. Quiero que vayas. ¡Y de inmediato!

La hija de la viuda siguió la orden de su mamá, tomó la jarra más bonita y caminó hasta la fuente. Cuando regresaba con la jarra llena se encontró con un anciano. Pero no era un anciano, era la misma hada que se le había aparecido a su prima, pero ahora se presentaba bajo el aspecto de un hombre desvalido.

El viejo se le acercó y le pidió agua.





—¡Pero si usted es un viejo zarrapastroso! No es el hada que esperaba encontrarme, no tengo tiempo para perder —dijo la joven malhumorada. Y le ofreció agua de muy mala gana.

—No eres nada amable —repuso el anciano, y en ese instante se convirtió en el hada—. Como eres tan grosera y de mal carácter, llevarás como castigo unas orejas de burro que siempre te acompañarán.

La hija partió a su casa, y la madre, que la esperaba ansiosa, le gritó:

—¿Y bien, hija mía?

—¡Y bien, madre! —respondió la maleducada.

—¡Por Dios! —exclamó la madre—. ¿Qué estoy viendo? Tienes unas inmensas orejas de burro. ¡Tu prima tiene la culpa y me las pagará! —y se dispuso a castigar a su bella sobrina.

La pobre niña, al enterarse de que la iban a castigar injustamente, corrió a refugiarse en un bosque cercano. El hijo del rey, que paseaba por allí, vio un resplandor en medio de los árboles, se apeó de su caballo y encontró a la muchacha llorando.

—Niña hermosa, ¿por qué lloras?

— Ay, señor, es mi tía que me ha echado de la casa—. Y así la muchacha terminó contándole toda su aventura.

El hijo del rey se enamoró inmediatamente y la llevó al palacio de su padre, en donde se casaron.

En cuanto a la hija de la viuda, se fue haciendo tan y tan odiosa que se quedó sola en el mundo cuando murió su madre. Después de haber ido de una parte a otra sin que nadie la recibiera, terminó viviendo sola y amargada, vagando por todos los bosques del reino.





El patito feo

Hans Christian Andersen

Había una vez, en una granja, una pata que tenía los hijitos más hermosos de la región. Cada vez que sus paticos estaban a punto de nacer, sus amigas del corral la rodeaban para admirar a los recién nacidos y felicitarla.

Ella se alegraba mucho y aceptaba sus elogios con modestia, aunque en el fondo de su corazón se sentía muy orgullosa.

Un día de sol, acompañada de sus vecinas, la mamá pata esperaba una vez más a que nacieran sus paticos. Los pequeños, uno tras otro, comenzaron a romper el cascarón, y cada recién nacido era recibido con mucha alegría.

Estaban todos tan entusiasmados que nadie se dio cuenta de que aún quedaba un huevo en el nido. De pronto, lo oyeron romperse:

Cruj cruj, un crujido, y el patito que faltaba saltó del huevo.

Pero ¡qué sorpresa! Este último patito se veía muy grande y diferente, y no se parecía en nada a sus hermanos. Y aunque nadie lo dijo, todos pensaron que era muy feo y desaliñado.

Además, se pusieron a mirarlo con tanta curiosidad que el patito se sintió mal y corrió a esconderse bajo el ala de su mamá.

Ella lo miró con extrañeza, pues nunca había visto un patito como aquel, y en verdad no parecía hijo suyo.

Enseguida empezaron las tristezas para el pobre pato, que era muy sensible y cariñoso. Pronto se dio cuenta de que su mamá era la única que lo defendía, mientras sus hermanos se burlaban de él todo el día.

—Eres un pato muy raro, mira cómo caminas —le decían. Y todos comenzaban a imitarlo.

Por eso nunca jugaba con nadie y se pasaba los días solitario y triste. A medida que crecía todo se ponía peor, pues cada día se hacía más evidente que era diferente a todos. Hasta que se cansó de las burlas y los desprecios, y dijo:

—Tengo que escapar de aquí, no me quieren, siempre se burlan de mí.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando todos dormían, se escapó por un agujero que había en la cerca del corral y se fue caminando despacito, despacito, hasta que llegó a otra granja.

Apenas llegó allí, lo cogió en sus brazos la dueña de la granja y el patito suspiró contento:

—¡Por fin alguien que me acepta!

Y se alegró aún más porque de inmediato ella le dio un succulento plato de comida.

Pero se equivocaba, y lo comprendió un día en que oyó a la mujer decir a la cocinera:

—Hay que darle de comer bien a este animal, y cuando esté bien gordito nos daremos un banquete de pato con papas y arroz.



El pobre se puso a temblar y otra vez dijo:

—Tengo que escapar, no me quieren, aquí lo que quieren es comerme.

¡Qué mal rato pasó el patito! Esa vez tuvo que huir en pleno aguacero y caminar entre el barro helado, mojarse con la lluvia y soportar fuertes vientos. Además, por el campo andaban los cazadores que, sin duda, le dispararían al verlo.

Y por tercera vez dijo:

—Tengo que escapar, no me quieren, aquí lo que quieren es cazarme.

Por fin, cuando cesó la lluvia, llegó desfallecido a un lago a descansar. Y desde la orilla pudo ver un espectáculo maravilloso.

Unas aves blancas muy grandes se deslizaban por el agua.

Una de ellas se acercó a la orilla y le dijo:

—Cuac, cuac, ¿no quieres bañarte? ¡Ven, ánimo!

El pobre no lo podía creer. Para colmo, los nadadores de este lago eran tan hermosos, con sus largos cuellos y sus plumas brillantes, que él se sentía más feo y desaliñado que nunca.

—Es que no sé si podré nadar —balbuceó.

—¿Cómo no vas a poder? ¡Si todos sabemos nadar!

—¡También ustedes se quieren burlar de mí! —les dijo—. Seguro que cuando esté en el agua se van a morir de risa.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Cómo nos vamos a burlar de ti si eres un cisne como nosotros?

Al cabo de unos instantes el patito pensó:

—Tengo que atreverme. ¡Que pase lo que sea!—. Se tiró de cabezas al agua y comprobó que lo que le decían era cierto: ¡podía nadar!

Entonces un cisne mayor y muy elegante se acercó y le dijo:

—Mírate en el agua y verás lo hermoso que eres.

Cuando se atrevió a mirar su reflejo en el agua comprendió que no le mentaban. Ya no era un patito feo, solo era distinto a los hermanos con los que había nacido. Al crecer, se había convertido en un cisne: la más hermosa de todas las aves de la región.







Los tres hermanos

Jacob y Wilhelm Grimm

Un hombre tenía tres hijos, y toda su fortuna consistía en la casa en que habitaban. A cada uno de los hijos le hubiera gustado heredar la casa después de la muerte del padre, pero este los quería a todos por igual y no sabía qué hacer. Tampoco quería vender la casa, pues había sido de sus abuelos. De pronto tuvo una idea y les dijo a sus hijos:

—Vayan por el mundo a probar fortuna y aprendan, cada uno, un oficio. Cuando vuelvan, la casa será del que lleve a cabo la mejor exhibición del oficio que haya escogido—. A los hijos les gustó la idea. El mayor decidió hacerse herrero; el segundo, barbero; y el tercero, maestro de esgrima. Luego fijaron un plazo para volver a casa y partieron.

Con el tiempo, cada uno encontró un buen maestro y aprendió lo necesario para ejercer su oficio.

El herrero progresó tanto que llegó a herrar los caballos del rey, y se dijo:

—No fallaré, recibiré la casa.

El barbero se volvió muy solicitado por todos los señores del pueblo, y pensó que ya era suya la casa.

El maestro de esgrima recibió algunos golpes, pero se aguantaba y se animaba pensando para sí:

—Si temo algún golpe, nunca tendré la casa.

Cuando pasó el tiempo convenido, los tres hijos volvieron a la casa de su padre. Los tres esperaron el momento oportuno para mostrar el arte que habían aprendido en sus respectivos oficios. Un día, estando los cuatro juntos, un conejo pasó corriendo por el campo a toda velocidad. —¡Ah! Viene en el momento justo —dijo el barbero.

Entonces cogió jabón y una vasija, hizo espuma, y cuando el conejo pasó cerca de él, lo enjabonó a toda carrera, y a toda carrera le afeitó los pelos de la barbilla sin hacerle corte alguno, y no le hizo ningún daño.

Al verlo, dijo el padre:

—Me gusta, me gusta. Si los otros no se lucen, la casa será tuya.

Poco después, pasó una carroza a toda marcha. Entonces el herrero dijo:

—Ahora verás, padre, lo que yo sé hacer.

Salió corriendo detrás de la carroza, cogió al caballo, que iba a toda carrera, y en un minuto le puso las cuatro herraduras.

—Eres increíble —dijo el padre—. Haces las cosas tan bien como tu hermano. No sé a quién tendré que darle la casa.

Entonces habló el tercero:

—Padre. Déjame también probarte algo.

Y como estaba empezando a llover sacó su espada y la esgrimió con golpes cruzados sobre su cabeza de tal manera que no dejó que cayera ni una gota de lluvia sobre él. La lluvia se hizo tan fuerte que al final llovía a cántaros, pero él agitaba tan fuerte la espada para detenerla que seguía seco como si hubiera estado bajo techo.





Cuando el padre vio esto, dijo asombrado:

—Tú has llevado a cabo la mejor exhibición, la casa es tuya. Aunque debo reconocer que los tres estuvieron fabulosos.

Los otros dos se conformaron, según se lo habían prometido anteriormente. Como se tenían cariño, permanecieron en la casa los tres, practicando su oficio. Lo habían aprendido tan bien y eran tan hábiles que ganaron mucho dinero y el respeto de todo el pueblo.

Así, vivieron felices toda la vida, hasta que ya viejos uno de ellos enfermó y murió. Los otros dos se pusieron tan tristes que a los pocos meses también enfermaron y murieron. Y como se habían querido tanto, herrero, barbero y esgrimista fueron enterrados en la misma tumba.



Colorín, colorado,
este cuento se ha terminado,
y me monto en un potro
para que otro día me cuenten otro.

Colorín, colorado
este cuento se ha acabado,
si quieres que te lo cuente otra vez
cierra los ojos y cuenta hasta tres.

Este era un rey
que tenía tres hijas,
las metió en tres botijas
y las tapó con pez.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Este era un gato
que tenía los pies de trapo
y la cabecita al revés.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?
Este era un gato
que tenía los pies de trapo...

Los siete chivitos

Tomado del libro *El libro de oro de los niños* (2005).
Editorial Ekaré (Verónica Uribe).
Adaptación: Secretos para contar.

La reina de las abejas

Tomado del libro *Cuentos de Grimm* (2010).
Editorial Ekaré.
Traducción: María Antonia Seijo Castroviejo.
Adaptación: Secretos para contar.

La inteligente hija del campesino

Tomado del libro Colección *Cuentos completos Hermanos Grimm* (2006).
Editorial Anaya.
Traducción: María Antonia Seijo Castroviejo.
Adaptación: Secretos para contar.

Los tres pelos de oro del Diablo

Tomado del libro *Siete cuentos maravillosos* (2005).
Alfaguara Infantil y Juvenil (Beatriz Elena Robledo).
Adaptación: Secretos para contar.

Los músicos de Bremen

Tomado del libro *Cuentos clásicos para recordar* (2011). Editorial Molino (Varda Fiszbein).
Adaptación: Secretos para contar.

Las hadas

El cuento *Las hadas* fue tomado del sitio web:
<http://www.rinconcastellano.com/>.
Adaptación: Secretos para contar.

El Patito feo

Tomado del libro *Cuentos Clásicos para recordar* (2011).
Editorial Molino (Varda Fiszbein).
Adaptación: Secretos para contar.

Los tres hermanos

Tomado del libro *Piel de Oso y otros cuentos* (2006).
Editorial Anaya.
Traducción: María Antonia Seijo Castroviejo.
Adaptación: Secretos para contar.



Autores de todos los tiempos

Charles Perrault

Nació en París (Francia), en 1628. Aunque estudió Derecho, se dedicó a la literatura, y en 1687 escribió el libro *Historias o cuentos del pasado*, en el que recopiló historias tradicionales como *El gato con botas*, *La Cenicienta*, *Caperucita Roja* y *Las hadas*, que después de pasar por su pluma, se hicieron atractivas para todos los públicos.

Los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm

Nacieron en 1785 y 1786 respectivamente, en Hanau (Alemania). Ambos hermanos se interesaron por los cuentos y las tradiciones populares que se contaban en los bosques y los campos de lo que hoy es Alemania. Después de haber hecho un gran trabajo de recopilación, escribieron el libro *Cuentos infantiles y del hogar*, del cual se destacan cuentos como *Pulgarcito*, *La Cenicienta* y *La reina de las abejas*.

Hans Christian Andersen

Nació en 1805 en Odense (Dinamarca). Andersen pertenecía a una familia muy pobre y pasó muchas dificultades en su infancia, pero su amor por la literatura y su inagotable imaginación hicieron que pasara a la historia como un gran cuentista.

A diferencia de los cuentos de Perrault y de los hermanos Grimm, que provenían de la tradición oral, los cuentos de Andersen surgieron de su propia imaginación, pero fueron tan cercanos al público que de inmediato fueron leídos como clásicos. Cuentos como *El traje nuevo del emperador*, *La princesa y el guisante*, *El ruiseñor* y *El patito feo* pasaron a ser en muy poco tiempo las historias de todos los niños.



Este libro pertenece a:

que asistió a la entrega de los libros
Secretos para contar

en: _____

el día: _____